riqueza que no se fecundiza con la savia portentosísima del trabajo, es perfectamente agotable, por muy inmensa que se la pudiera suponer: si los *ricos* no estupraran, si no repusieran subrepticiamente el diario quebranto que sufren sus riquezas, explotando las fuerzas del trabajo ajeno, en su eterna labor de disolvencia infecunda y consumo paradisiaco, pronto, muy pronto, llegarían á las crueles miserias del *no tener*. Pero, por un milagro inconcebible, por un *quid pro quo* verdaderamente fenomenal, no sucede así; el *rico* huelga, sigue holgando incesantemente envuelto en las plácidas dulzuras de la abundancia; consume sin cesar, derrocha, tira y destruye cuanto le viene en ganas, y no sólo no se arruina, sino que, tras tanto disolver y malbaratar, *sus riquezas van en aumento creciente* engordadas por la procaz explotación que ejerce el potentado sobre el trabajo de los proletarios.

El trabajo produce la riqueza y es luego absorbido y dominado por ella. Es decir, que el hombre trabajador, en su insensatez de ignorante, forja y pule cuidadosamente la mortífera *argolla* con que luego ha de ser *agarrotado*.

De estos grandes errores, de estos gravísimos contrasentidos, nacen todas las anomalías y terribles *pauperismos* en que estamos envueltos.

Mientras haya en el mundo necesidades perentorias que cubrir, resultará criminal la acumulación de riquezas, porque jamás podrá explicarse satisfactoriamente la existencia de grandes depósitos de cereales y almacenes de tejidos en un pueblo de hambrientos y desnudos. ¡Maldita sea la riqueza, que sólo sirve para hacer del mundo una mansión siniestra de esclavos humildes y de esclavizadores opulentos!...

Ya lo hemos dicho: la riqueza no tiene otra fuente originaria que el trabajo, *es trabajo acumulado*; y á reproducir las fuerzas creadoras del trabajo, deben dedicarse todas las manifestaciones de la social riqueza. Sólo realizando tan augusta misión, sería útilmente benéfica la existencia de la riqueza, porque fomentaría con su influjo potentísimo la próvida intensidad de sus núcleos reproductores, esparciendo por todas las grandes ramas del inmenso árbol humano la vigorosa savia de la fecundidad.

En la economía animal obsérvase el fenómeno admirabilísimo de que los alimentos ingeridos en el aparato digestivo de un ser organizado, producen, al ser sabiamente quimificados, los jugos gástricos y reparadores que constituyen la *riqueza* de que se nutre la vida orgánica en sus misteriosas é incesantes renovaciones. Pero estos jugos y esta *riqueza* no quedan estancadas exclusivamente en un órgano determinado del cuerpo en que se producen, sino que, arrastrados por el *gran torrente circulatorio*, por la circulación de la sangre, van á llevar diligentes los substanciosos gérmenes de la renovación de las fuerzas y materias perdidas á todas las regiones del organismo animal.

Si en el orden social se emplearan los beneficios que en sí lleva latentes toda riqueza, en la misma forma *equitativa* y *justísima* con que se invierten en el orden natural; si los jugos benéficos del trabajo dedicáranse preferentemente á la reproducción de las fuerzas por el obrero perdidas en las cruentas manipulaciones de la producción general y á producir el bienestar y la dicha de todos los seres humanos, en vez de fomentar el parasitismo degenerador de los explotadores, entonces podría proclamarse con inusitada justicia la santidad de la riqueza. Pero para esto, que sería lo más justo y equitativo, es preciso acabar con la riqueza *particularizada* y entrar de lleno, sin temores ni vacilaciones, en el régimen redentor de la riqueza *socializada* proclamado por el socialismo.

Porque así lo entendemos, y porque observamos que la presente organización social, por anticientífica, injusta y corrompida, se aproxima á pasos agigantados al terrible período de su descomposición definitiva, procuramos, con el ardimiento entusiasta y la fe ardientísima é inquebrantable de las profundas convicciones que nos animan, en el pronto advenimiento de un porvenir de paz y de justicia, divulgar las salvadoras doctrinas socialistas que han de redimir al mundo, á fin de que la Humanidad sepa cómo ha de librarse de caer inconscientemente en la hedionda cloaca abierta á sus pies, cuando lleguen los instantes terriblemente apocalípticos y redentores de la muerte del despotismo universal con toda su endiablada cohorte de explotadores, fruto de la riqueza acaparada.

Esforcémonos porque esto suceda en el más breve plazo posible, y preparemos, entretanto, la conciencia de las masas proletarias revolucionaria y conscientemente para cuando llegue la hora sacrosanta de la verdadera resurrección del hombre.

DONATO LUBEN

José Fainé Ollé

El día 6 del corriente fué enterrado civilmente en Sabadell el veterano en el campo anarquista, José Fainé Ollé.

¿Quién era Fainé?

Uno de tantos que en los tiempos en que los jueces cerraban los ojos á la razón fueron martirizados en los calabozos de Montjuich por Portas y sus secuaces; uno de los hombres que más se distinguieron por los ideales de libertad y progreso en Cataluña.

En su juventud, con las armas en la mano, defendió la República en el año 1873; pero cuando la luz de la verdad penetró en su cerebro, viendo que la República no llegaba á las reivindicaciones obreras, ingresó en el campo de la Anarquía siendo siempre un activo propagandista, y con toda su franqueza se llamó anarquista, procurando inspirar sus actos en el ideal.

Fainé fué siempre un descontento de esta sociedad que llamamos humana; en el trabajo siempre había sido un rebelde, sin haberse humillado ante los burgueses ni ante las autoridades; como hombre siempre se había hecho respetar y había respetado á sus amigos y adversarios.

En el acto del entierro se han demostrado las simpatías que gozaba, pues á pesar de ser día laborable asistió un número considerable de amigos y amigas, que no le abandonaron hasta el cementerio.

MINGUET

INICIATIVA

Hace algún tiempo que diversas agrupaciones instan á las demás á tomar parte en un Congreso Anarquista, en España, con el fin de discutir tópicos de importancia capitalísima para nuestro ideal.

Nosotros, comprendiendo que un Congreso Oral exige grandes sacrificios económicos, y que estos recursos irían á engrosar los fondos de las Compañías ferrocarrileras, Hoteles, etc., proponemos se abra en las columnas de TIERRA Y LIBERTAD *el siguiente certamen:*

Concurso Científico Sociológico

La Agrupación individualista «Los Egoístas» adjudicará ciento cincuenta pesetas, *divididas en tres iguales premios, á los tres artículos que más breve, más claro y más ameno definan los temas siguientes:*

1.° ¿Cómo se podrá vivir—sin gobierno—anárquicamente, en comunismo?

2.° La organización obrera, tal cual la propagan los sindicalistas (descartando la anárquica ideología), ¿no es un medio para perpetuar la explotación?

3.° Para que la enseñanza moderna—racionalista—de jóvenes libres ¿debe ser «neutral» ó anarquista?

«LOS EGOÍSTAS»

Gatún Z C (Panamá)

Notas.—Primer tema: fallará Leopoldo Bonafulla, si quiere prestar su valiosísimo concurso.

Segundo: La redacción de TIERRA Y LIBERTAD, *ó quien ella proponga.*

Tercero: Federico Forcada, director de La Enseñanza Moderna, *de Valladolid.*

El concurso deberá empezar el 1.° de marzo y finalizará el 1.° de julio de 1911.

Los trabajos se publicarán en la primera página de TIERRA Y LIBERTAD.

Con los manipuladores de bombas

Releía anoche la última página de *Autour d'une vie*, de Pedro Kropotkine, sobre la cual la prensa europea á su tiempo se ha dignado hacer algún rumor bibliográfico, cruzando por mis ojos una visión que el libro en su objetiva austeridad no contenía.

Era la página de una vida que jamás podré escribir en contacto con aquella del gran desterrado ruso.

Recuerdo: la reacción de 1894 nos había llevado á Suiza, á Alemania y luego á Bélgica, desde donde Elíseo Reclus, el viejecito grande y bueno, nos acompañara hasta las orillas del Támesis.

Un sábado de noche fría y lleno de niebla, de esa niebla que tanto abunda en Inglaterra, íbamos en busca de Kropotkine á Bomley, ciudad solitaria cerca de Londres. El pequeño cuerpo expedicionario era todo un mosaico dirigido por Reclus, quien con su nívea sesera nos iluminaba el camino como un gran sol; iba Luisito, un tipógrafo probado en las peleas de la vida, incorregible cantor de coplas revolucionarias, el cual tarareaba una canción de perseguido; junto con él iba el barbudo Josué *mantovano*, gran ensuciador de telas, terrible, sobre todo cuando en nuestro teatro *hacía* algún papel de explotador ó de delegado de policía, que él como ninguno, se imaginaba crear en el teatro revolucionario; iba el silencioso Razzia, nombre de batalla de un joven mecánico milanés, de ojos azules, en perpetua contradicción con su conciencia negra, en donde remolinaban los atentados más bajos contra los gatos que vagaban por Churchway Stret, y que cazaba cual liebres para sacrificarlos en las orgías canibalescas organizadas por los individuos escampados en las bellas isletas de Italia, para engañar las vigilias caliginosas de la cosmópolis. Iba...

Abrieron. La demora del príncipe proscripto se presentaba un tanto misteriosa. Entramos guiados por un viejo familiar en el cuarto de estudio: las paredes contenían enormes barricadas de libros y un reloj del cual pendía una péndula antigua; enmedio una mesa abarrotada de cartas, con una pequeña lámpara encima; allí sentado, con faz austera conturnada por la barba gris—entonces—estaba un hombre absorto en la lectura: Kropotkine.

Al entrar nosotros, alzó la cabeza y con los brazos abiertos se abalanzó en los de Reclus. Los dos atletas de la ciencia y del pensamiento anarquista se abrazaron con ternura. Después de la presentación, Kropotkine escuchó á todos con la mayor atención.

Vinieron á avisar que la cena estaba en la mesa. La buena y fuerte compañera de Kropotkine, con su hija de cabellera blonda y suave, nos salieron al encuentro en la puerta del *diningroom*.

Allí estaba una vieja ya cana. En sus labios y en sus ojos vivarachos, casi soñadores, fuera de un velo invencible de descontento, se presentía, como diría Tolstoy, la voluntad de amar. Y esta vieja soñadora, nunca había amado á ningún hombre, pero se sentía la hermana de todos, un corazón lleno de amor, á quien Víctor Hugo había dedicado poesías y pensamientos y que la tenía en gran consideración y á quien ciertos periodistas creían insultar uniendo su efigie á un eterno acto de incendio para destruir el viejo mundo. Su proceso después de la Comune de París de 1871, en la cual, al mismo tiempo, fuera heroína y consoladora de todos los caídos sin distinción de categorías, había tenido un epílogo en estas palabras de revuelta lanzadas por ella á la Corte marcial: *Ya os lo he dicho todo: ahora, si no sois lo bastante cobardes hacedme fusilar.*

Una mujer, como decía Kropotkine luego, que su bondad no la detenía para dar todo su dinero y sus ropas á los necesitados—para los cuales había obtenido, en aquellos días de Sarah Berhnardt la buena, dos representaciones extraordinarias en el *Drury Lane*—pero era su amor tan grande que recogía y les daba guarida en su casa á todos los perros y gatos, errantes y proletarios, que la miseria los mataba; era en ella tan exquisita y profunda la necesidad de evitar el sufrimiento en todos los organismos dolorosos que procuraba por todos los medios hacer desaparecer el *dolor universal*, y ésta no era otra que Luisa Michel.

Todos aquellos que se encontraban en la casa de Kropotkine á la hora de comer eran considerados comensales de pleno derecho.

Aquella noche el cenáculo era verdaderamente singular: rusos, franceses, ingleses... el convidado vivía fraternalmente en aquel disco cosmopolita, gustando de aquella cena, sencilla, pero abundante y frugal, que no representaba el banquete del príncipe ruso, á quien el czar le había hecho confiscar su fortuna inmensa. Aquella cena era costeada con el producto de su trabajo. Kropotkine no vive más que de sus brazos puestos al servicio de su mente de geólogo insigne.

Se hablaba del ciclón de odios y persecuciones desencadenado aquel año en toda Europa contra los anarquistas y su propaganda, á quienes los legisladores y periodistas les atribuían complicidad moral en los atentados efectuados por algunos compañeros.

Los jóvenes escuchábamos con la frente en alto, aquella ola de intimidad y de luz intelectual que hablaba de recientes dolores y de persecuciones salvajes; las mujeres de vez en cuando decían alguna palabra. Luisa, la mística y soñadora, la heroína que en las barricadas luchara tanto, dejaba caer en el diálogo alguna frase truncada, como el eco de un sueño lejano, que atravesara toda su vida de combate.

Elíseo Reclus, con un teorema diamantino de compulsador de mundos, trazaba á grandes líneas con gestos y con palabras toda una palingenesis social. Los fenómenos sísmicos que finalmente destruirían la sociedad vieja, estaban allá, ante él, y tenían la trágica elocuencia de lo irrevocable, en la quietud solemne de aquel salón de refugio, donde los grandes forjadores del pensamiento, que pocos minutos antes recibían la lluvia de todos los cielos y que un enorme viento de tempestad los llevó á aquel nuevo cenáculo, que les daba cabida como al hermano que ya se creía perdido en mares profundos.

Entró un hombre de aspecto imponente, que Kropotkine nos presentó: era Stepniak, nombre de guerra de un ruso nobilísimo y culto, que había muerto al general Mesentieff, jefe de la policía imperial, como autor de las más feroces persecuciones contra los revolucionarios rusos. Terrorista en Rusia, Stepniak, que también era un gran escritor y un orador de renombre en Inglaterra, militaba entre los constitucionalistas, porque—como él decía—en cada pueblo y en cada ambiente, para pelear con seguridad de triunfo se deben emplear las armas apropiadas.

Después la discusión fué más acalorada. Una palabra fulgurante y terrible relampagucaba en los labios de Stepniak—la palabra que le había hecho extremecer: que le había hecho llorar; que le había hecho soñar;—que volvía hacia él, ante la efigie del siglo xx, con un cielo eterno de mirajes sublimes, á proyectar allá, sobre el camino por donde hoy pasan los hombres fatigados, el oasis verde del ocaso, el níveo conglomerado de casas felices, en el campo derruido como en el *News from nowhere* de William Morris.

Hablaba Kropotkine, y salían de sus labios un á modo de explosiones de verdad incandescente—arranques de protesta generosa y de redención humana: recordaba los vaticinios de Volfango Goethe, las profecías superbas de Francisco de Asís, la utopía hermosa de Platon—lo unía todo en su mente de hombre de ciencia y de luchador, y reconstruía la *Ciudad del Sol* más bella y más armónica que aquella que construyera el genio de Tomás Campanella, la ciudad sin esclavitudes ni opresiones, compuesta de libres brazos cooperadores, de fraternales corazones unidos que sacarán de las entrañas de la madre tierra la savia con que nutrirse.

Y la palabra fulgurante y terrible surgía como un rayo estelar hacia los hombres de aquel cenáculo. Me parecía verlos en lo alto, de lejos, en el espacio y en el tiempo: amándolos.

Y oía á los otros, á los inconscientes, á los ruines y malvados lanzando la acusación infamante, bestial; oía al vulgo, dorado ó no, ignorante siempre, haciendo fantasías sobre los manipuladores de máquinas infernales.

¡Oh, Anarquía; eres terrible en el concepto de cuantos te sospechan sedienta de sangre y de venganza, y en cambio sólo eres idea fulgurante en las almas que tienen hambre de justicia, de libertad y de pan, porque han analizado la vida social y han deducido nociones sociológicas y filosóficas que son la afirmación del individuo frente á la sociedad, no ya como lobo de la especie, sino como cooperador, por el bien propio, en beneficio del bien ajeno! ¡Oh, Anarquía, tú eres la forjadora de toda la soberanía solemne del individuo, sobre la renuncia de todas las dominaciones!

¿Sueño?... Pero aquellos *caballeros del ideal y de la muerte* eran felices en su dolor: porque más allá de su calvario contemplaban el eterno resurgir del ideal. Lo veían en lo alto, de lejos—y cualquiera sentiría ternura hacia aquellos grandes hombres, simples, ingenuos—acusados de una extraña fiebre de exterminio, mientras sobre su sacrificio edificaban un mundo nuevo.

Luisa Michel, la *sanguinaria*, narraba á la compañera de Kropotkine toda la fatiga pasada por ella aquella mañana, arreglando su jardín, para proteger á los muchos gatos que aquel día había recogido en su casa.

Y tristemente concluía:

C'est affreux que les chats mangent les rats.

PEDRO GORI

LOS CABALISTAS

En todo tiempo ha habido hombres políticos que ansiosos de figurar y de escalar algún puesto en la administración de los pueblos han hecho miles de figuras y títeres hasta conseguir colocarse donde pretendían. La ignorancia de los trabajadores ha sido siempre el apoyo de estos saltimbanquis.

Hoy más que nunca, estos vivos, que por haber leído bastante las teorías anarquistas están al corriente de la bondad de dichas ideas y de lo bien que suenan en los oídos de los trabajadores, se entrometen en las sociedades obreras, sin ellos ser obreros, con la *sana* intención de que el número de hombres les dé el resultado que por otro sitio no hubieran jamás logrado para sus fines políticos.

Hago esta observación para que las sociedades obreras de Alginet no se dejen seducir por los cantos de sirena de algún vivo, que no sintiendo, como no siente, la cuestión social, por más que la tenga en su cerebro, pretenda conseguir con la fuerza de las sociedades obreras, lo que fuera de ellas no logró ni lograría jamás.

La fuerza que los trabajadores representan por su unión, deben ser aprovechadas en pro de la causa que tan intensa es hoy entre el capital y el trabajo. Jamás debe ser empleada en favor de los políticos, porque sean cual fueren, siempre son los individuos á quien el pueblo entregó sus poderes, para que al fin se convirtieran en los «Enemigos del pueblo».

UNO QUE LO VE VENIR

Alginet.

Idólatras, sí; borregos, también

Mal que os pese el que así se os llame habéis de sufrirlo todos los que con el nombre de lerrouxistas os apellidáis, pues que no sólo merecéis el calificativo de idólatras sino el de seres sin conciencia propia, puesto que necesitáis fundir vuestra personalidad con la de otro que es tan hombre como vosotros, pero que por vuestra ignorancia le consideráis más.

A lo que parece, los carteles fijados en las esquinas de las calles de Mataró, por los anarquistas, han sacado de sus casillas á algunos republicanos (si tal nombre dárseles puede), no sabemos si muy cándidos ó provistos de mala fe para no entender dichos carteles, pues que si hubieran tenido algo de sentido común hubieran comprendido las verdades que en ellos se decían: verdades amargas para algunos de ellos, pero verdades al fin.

Respetamos (y respetando nos place la discusión) á todos los hombres que sintiendo un ideal más ó menos equivocado, á nuestro modo de pensar, expongan públicamente y discutan desapasionadamente; es más, los admiramos, pero con los que no transigimos, ni podemos tener discusión con ellos, es con los fanáticos de que están plagados todos los campos, y de un modo especial el republicano radical, en el que sólo se destaca, como dijo un día muy bien Anselmo Lorenzo, un Hombre, una unidad seguida de ceros. No se dan, ó no se quieren dar cuenta, los lerrouxistas, del juego y del papel ridículo que están haciendo al seguir las inspiraciones de Lerroux, ya que tienen el cerebro dispuesto de un modo tan especial que las ideas ó los conceptos que Lerroux vierte, sin juzgarlas ni razonarlas tienen cabida en sus cerebros, lo que se manifiesta con los aplausos con que interrumpen frecuentemente todos sus discursos y el no ver otras cosas que las que Lerroux les presenta.

La práctica así nos lo demuestra. No hace muchos años vino Lerroux á tomar parte en un mitin y el orador más exaltado, el societario más convencido, el más terrible revolucionario de acción hubiera suscrito los conceptos por él vertidos. Satisfizo ampliamente su manera de perorar, su verbo de acción, á casi todos los concurrentes al mitin: viene el domingo último y como si lo hubieren cambiado de raíz, nos endilga un discurso de tonos tan moderados que el más perfecto burgués hubiera podido suscribirlo. El primer discurso que pronunció años atrás gustó mucho á los republicanos, pues no le escasearon los aplausos; el último que le hemos oído gustó mucho á los republicanos y también le aplaudieron. ¿A qué será debido el fenómeno este que así cambia el parecer de las multitudes? ¿No es esto una prueba palpable de la idolatría que sienten por el caudillo radical? No se compone (salvo contadas excepciones) el partido radical de Mataró de explotados, de obreros. ¿Entienden el castellano y tienen algún resto de sentido común los republicanos de Mataró, cuando al oír al jefe pronunciarse en contra de la lucha de clases por considerarla un resto atávico de las bárbaras edades pasadas no le echaron á la calle, aunque fuera á silletazos, en vista de la desvergüenza y de la frescura de Lerroux al expresarse de este modo? Pues el explotador más grande que pueda haber reconoce la lucha de clases, ya que ha de defenderse del pez pequeño para que no le quite algo de lo mucho que le ha robado. ¿A quién había de convencer y de qué calidad había de ser ese, para que Lerroux dijera este parrafito? No hemos podido dar con la clave de este misterio, ó sea del objeto que se proponía con pronunciar tales palabras.

Después hemos sabido que unos compañeros fueron á ver á Lerroux para que se las explicara ó si quisiera discutirlas en un mitin de controversia, pero se conoce que no quiere perder el tiempo en discutir lo que dice y sí hablar mucho, aunque sin saber lo que dice.

No siendo el mitin de tribuna libre se prestaba mucho á hacer el fanfarrón, teniendo, como tenía, el local tomado policiacamente por grupos de sus muy amados correligionarios, que á la menor protesta que saliera de alguno de los muchísimos ó más propiamente de una gran mayoría que no nos convencieran sus argumentos, se hubieran ensañado con él, sin perjuicio de ser detenido por perturbador del orden público, y eso que Lerroux preguntó si había alguien que tuviera algo que decir de él ó del partido radical, y no se levantó nadie, no por miedo á aquellos infelices que hacían de defensores del orden, no, pues que á aquellos *no se les tenía miedo, no*, sino asco de ver el triste papel que desempeñaban en aquella farsa, sino que no habían invitado las convocatorias á la discusión. Esto queda bien sentado.

Y abusando de la mordaza moral que las leyes nos imponían hubimos de dejar pasar con una sarcástica sonrisa cómo se decía desde la tribuna que los carteles antedichos eran ladridos de perros que se apostaban detrás de una esquina para ladrarle á él.

Despójese Lerroux del manto de soberanía que la idolatría y la estupidez de unos cuantos borregos han puesto sobre sus hombros, y venga en un mitin de controversia á discutir todo lo que quiera, y verá si los anarquistas de Mataró somos perros que ladramos ó somos hombres que en cuanto á dignidad y honradez estamos muy por encima de muchos que parece que la honradez y dignidad tienen acaparados.

Caso de que sucediera este milagro, lo que dudamos, no tendremos para rebatir los argumentos que aportara él, fluidez de palabra ni bellezas retóricas, sino que enfrente del *perfume de sinceridad y de nobleza* en que estaba envuelto cuando hacía uso de la palabra en Mataró, frases categóricas, pues tenemos por norma el antiguo adagio catalán: *el pa, pa y el vi, vi*, y todo lo que no sea expresado en este sentido son músicas que suenan muy bien al oído de los satisfechos y sirven para conquistar el aplauso de los que no lo entienden, pero no pueden convencer á los que buscamos la verdad en todo.

Y para terminar, diremos que fieles á nuestro modo de obrar, haremos toda la propaganda que en nuestro alcance esté para desenmascarar vividores y derrumbar ídolos de la manera que podamos, por la Escuela, por la hoja, por el mitin y por la discusión.

Esperando lo que venga sobre el particular, quedan

LOS ANARQUISTAS DE MATARÓ

Los obreros de Gijón

Las sociedades obreras de Gijón han publicado un extenso manifiesto á causa de la prolongada prisión y nuevas detenciones de trabajadores á quienes, sin pruebas que lo justifiquen, acusan de complicidad en la muerte violenta del patrono Lantero.

Se anuncia el comienzo de una intensa campaña en favor de los procesados, la que se llevará á cabo por medio de la prensa, mítines y manifestaciones.

Si los compañeros recluídos fueran culpables del delito que se les acusa, por su calidad de presos tendrían á su disposición estas columnas; tanto más las tienen cuanto que los consideramos completamente inocentes.

Ultimamente han sido puestos en libertad Pedro Sierra, Celestino Acebal y Ramón Balmori y continúan presos Picó, Rendueles y Eufrasio González.

La pretendida decadencia

Hemos perdido ya la cuenta de las veces que se ha intentado demostrar la decadencia del anarquismo. Nada más cómodo que afirmar tal cosa sin aducir sólidas y convincentes argumentaciones, y, en realidad, así se ha hecho siempre cuando se ha pretendido probar la llamada *quiebra* de nuestras ideas.

Los que no han sabido observar el desarrollo y avance de las fuerzas proletarias, ni han analizado detenidamente las diversas fases, las infinitas transformaciones que se han operado y operan aun en el seno de dichas fuerzas, han creído cándidamente en la tan cacareada decadencia, y han abandonado la lucha con la ciega convicción de que no es posible el triunfo de la verdad y de la justicia entre los hombres. ¡Cuántos compañeros han sufrido esa dolorosa equivocación! Hora es ya de que se desvanezcan nuestras dudas y obremos resueltamente sin dar crédito á las engañosas apariencias.

Mucho se han esforzado los políticos con la intención de demostrar á sus adeptos la imposible realización de nuestras *utopías*. Cierto que para ellos es este un tema de innegable interés que, aprovechado hábilmente y con oportunidad, les ha producido, las más de las veces, sorprendentes resultados, pues han logrado atraerse é imponer sus credos y sus prejuicios á muchos trabajadores inconscientes que, sin poder disimular su infundada impaciencia, han negado toda cooperación á los que luchan por ideales de justicia y han ido á sumarse al aun numeroso ejército de esclavos, esclavos de materia y de espíritu, que emplean sus energías en levantar á cada momento nuevos ídolos que irán luego maldiciendo sucesivamente, y en acatar con mansedumbre los mandatos de sus *redentores*, mientras piden á grandes voces la libertad individual.

No es posible comparar la lucha política y la lucha social con objeto de deducir de ese análisis idénticas consecuencias. Pero, á pesar de ello, y faltando abiertamente á la lógica, se han empeñado nuestros detractores en darle esta falsa interpretación.

Toda la obra de los partidos políticos es en gran manera superficial: su acción no está destinada á resolver algún problema interno que lleva consigo el mayor perfeccionamiento del individuo, el desarrollo de su mentalidad y, por consiguiente, mayor conciencia en la acción, sino que, por el contrario, tiende á producir la inercia en su cerebro y en su propia voluntad, quedando, por lo tanto, á merced de sus jefes políticos que oportunamente sabrán conducirle á un ambiente saturado de prejuicios que les son necesarios para sus fines egoístas y especulativos, á cambio de prometerle un próximo bienestar, una completa satisfacción de todas sus necesidades, cuyo deseo siente él en su interior, pero que no acierta á concretarlo ni á definirlo.

Para realizar con éxito todo eso, es indispensable que la *masa* supeditada á la voluntad de su jefe ó caudillo se halle poseída de entusiasmo ciego é inconsciente, por supuesto, pero entusiasmo al fin, con lo cual queda ya asegurado, en parte, todo plan político, sea cual fuere su matiz. Cuando por mil causas diversas, que no son del caso mencionar ahora, decae aquel entusiasmo, y la pasión con que se luchaba para alcanzar aquel bienestar ilusorio se extingue, puede afirmarse, sin temor á ninguna equivocación, que aquel partido político ha fracasado, en cuyo caso sus jefes sabrán dirigir á la *masa* por nuevos derroteros y entusiasmarla con suma habilidad ante nuevas promesas de incomparable bienestar, con lo cual, habrán conseguido ir viviendo á costa de su ignorancia.

Ahora bien: ¿pueden hacerse las mismas deducciones respecto á nuestras ideas, para explicarse el aparente estancamiento ó inercia en que se hallan, según ciertas afirmaciones? Sería desconocer por completo el valor y eficacia de nuestros propios ideales si afirmáramos tal cosa. Pero como parece preocupar á muchos la reciente adopción de diferentes tácticas en la lucha y también la falta de constancia en algunos individuos, trataremos de explicar brevemente el por qué de todo eso.

No es necesario recordar que el trabajador ha vivido en todas las épocas en continua miseria y esclavitud, sufriendo inmerecidamente los horrorosos efectos de su ignorancia; pero también debemos reconocer que tales sufrimientos fueron mucho mayores en otros tiempos en que carecía hasta del sentido de investigación de todo lo que le rodeaba y no podía darse cuenta exacta de las verdaderas causas de sus miserias y de sus dolores. Cumpliendo la ley de evolución fué desarrollándose su inteligencia y también su voluntad, y empezó á apercibirse de la inicua explotación que es objeto. Llegó un momento en que, fatigado de las luchas políticas y presintiendo su ineficacia, sintió necesidad de un ideal más justo y más noble que estuviese más identificado con sus crecientes aspiraciones de emancipación, y fué entonces á engrosar las filas del anarquismo, que ya empezaba á abrirse paso, y que adquirió con tal motivo una sorprendente y extraordinaria potencia.

Y á él acudieron infinidad de trabajadores, deslumbrados por la justicia de sus peticiones, por la bondad de su doctrina, pero que, á pesar de su entusiasmo, no tenían un verdadero convencimiento de la idea, ni la habían analizado como era necesario para conocer su alcance y significación y poder luchar en pro de ella más acertadamente. En aquellos momentos fueron muy pocos los luchadores que incitaron al proletariado á que se deshiciera de los fanatismos que podían hacerle obrar ciegamente y sin orientación definida, y se compenetraran bien del ideal, de su inmenso valor, para alcanzar en la acción el mayor grado posible de conciencia. Tal vez, observado sin apasionamientos, se llegue á la conclusión de que no podía hacerse más de lo que se hizo; pero no fué eso todo. La mayoría de los propagandistas, en el apogeo de su entusiasmo, explicaron y defendieron el ideal en tal forma, por medio de mítines, conferencias, artículos, etc., que casi todo el proletariado creyó llegado el momento de poner en práctica teorías tan hermosas y tan valientemente sustentadas. Después de muchos desaciertos y no pocos fracasos, sucedió forzosamente lo que era de prever. Todos los trabajadores que habían adoptado la idea anarquista sin analizarla previamente, en la creencia de que era tan fácil y cómodo realizar una transformación social como depositar el voto en las urnas electorales y aguardar á que su *representante* le *conquistara* el bienestar y la igualdad, fueron abandonando sus puestos en la lucha de la misma manera que habían abandonado anteriormente sus respectivos partidos políticos. Algunos de aquellos individuos ingresaron nuevamente, cual hijos pródigos, en el *bando* á que antes habían pertenecido, y el resto, faltos de energías para continuar la lucha, pero también sin valor para seguir á sus compañeros de apostasía, quedaron sumidos en el más terrible pesimismo, doliéndose injustamente del tiempo que habían empleado pretendiendo alcanzar el triunfo de la justicia.

El cruel pesimismo que arraigó desde entonces en la conciencia de aquellos hombres: perdida, para ellos, toda esperanza de emancipación, es tal vez la tragedia más dolorosa que puede desarrollarse en el corazón y en el cerebro humano.

Pues bien: es á partir del momento en que los impacientes empezaron á abandonar sus puestos, que ha venido hablándose de la decadencia de nuestras ideas. Ni existe ni puede existir tal decadencia. Si bien es verdad que los no convencidos, que eran muchos, negaron su apoyo al ideal, verdad es también que acudieron en su auxilio, para defenderlo y propagarlo, los conscientes, los que veían claramente reflejado en él todas las nobles aspiraciones, todos los deseos de libertad y de justicia que bullen silenciosamente en el espíritu del pueblo. Esos son la fuerza positiva del anarquismo. Los que han sabido emanciparse de todo prejuicio que entorpece y desorienta la acción; los que no llevan en su interior ni un átomo de fanatismo ni son esclavos de la ambición personal; los que han penetrado hasta lo más íntimo de la idea para conocerla en toda su extensión y no sufrir lamentables vacilaciones; los que antes de pretender redimir y perfeccionar á los demás, han empezado por estudiarse y perfeccionarse á sí mismos. Y esta fuerza es la que da el más solemne mentís á los que se empeñan en afirmar que existe la decadencia.

Si la Anarquía es un ideal de perfección destinado á hacer desaparecer las diferencias sociales entre los hombres, yendo en pos de la igualdad; si aspira á que todo individuo tenga la más completa libertad para que pueda obrar independientemente, atendiendo tan sólo los dictados de su conciencia; si va encaminada á constituir una sociedad basada únicamente en la práctica de la verdadera justicia, una sociedad exenta de odiosas hipocresías y bajas ambiciones; si desea, en fin, la participación por igual de todos los seres humanos en el patrimonio universal, ¿con qué argumentos podrá sostenerse la *quiebra* de esa gran idea, si aceptamos al mismo tiempo que la evolución, ley maestra de la naturaleza, marcha continuamente hacia aquella perfección, aquella igualdad y aquella justicia?

Podrá decaer tal ó cual forma de lucha; podrá abandonarse tal ó cual sistema por resultar ineficaz en ciertos momentos; pero eso no significa decadencia ni mucho menos, antes al contrario, demuestra el deseo constante de renovación, de perfección que siente el individuo. Sólo es propio de rutinarios hacer uso de los moldes viejos, de los sistemas gastados y de ciertas organizaciones estériles ó negativas. La decadencia será, pues, en todo caso, de todo lo viejo, de todo lo estéril, de todo lo rutinario; jamás podrá serlo de lo que avanza y se modifica cumpliendo la ley de la evolución.

El trabajador va adquiriendo con ese avance una idea cada día más completa de su misión en la sociedad; ya no se presta á ser instrumento de inconscientes *exaltados*, como tampoco de especuladores *pacíficos*, sino que empieza á obrar ya según su criterio y según las circunstancias. En ese continuo laborar, quedarán probablemente en olvido muchos procedimientos, hundiránse muchas verdades de hoy que resultarán ser equívocos el día de mañana; cometeránse, tal vez, algunos errores, pero lo primordial de la idea, su honda base, su amplia doctrina, hará su curso imperturbable sin perjudicarle en lo más mínimo las pequeñas rencillas y las pedanterías despreciables.

La hermosa obra que se persigue llegará, sin duda alguna, á realizarse. ¿Sucederá pronto? ¿sucederá más tarde? Sucederá: esta es la verdad; y para acelerar el momento debemos emplear todas nuestras energías.

Se acerca la hora de encontrarse frente á frente, desaparecidas todas las nebulosidades, la fuerza capitalista y la fuerza proletaria. ¿Qué ocurrirá entonces? Ocioso sería repetir lo que está en la conciencia de todos.

FEDERICO FRUCTIDOR

En atención al considerable número de presos por cuestiones sociales, hemos calculado que en el presente reparto les corresponde á diez pesetas á cada uno.

Para evitar gastos de giro, los corresponsales que tengan noticia de algún compañero preso en su localidad pueden hacerle entrega de la citada cantidad.

Todos iguales

Del *Corriere della Sera*, de Milano, traducimos y reproducimos la siguiente información, aparecida en el número del 6 del corriente:

«El *Avanti!* ha sido informado desde Nápoles de que *La Propaganda* da la noticia de un escándalo policial, producido hoy.

»Después de la muerte de Francisco Ferrer se efectuaron manifestaciones de protesta contra las iglesias católicas, y en dos de Nápoles ocurrió la explosión de bombas que llevaron el terror entre los fieles. Los anarquistas arrestados mantuviéronse todos en negativas; y sin embargo algunos de ellos fueron condenados á varios años de reclusión. Entre ellos había uno que era tenido por confidente de la policía, siendo éste un tal F. Paolo Serino, obrero, quien se había encontrado siempre comprometido por manifestaciones subversivas, por demostraciones y otras cosas, pero siempre se había salvado, al decir de los anarquistas, milagrosamente.

»Se le suponía también ligado por estrecha amistad á un agente de la sección «Orden Social», un tal Santoro. Por esto Serino había sido excluído de cualquier intimidad y de toda reunión, incluso la de los anticlericales que se llevó á cabo algunas noches ha en el Secretariado del Pueblo.

»Ahora Serino ha dirigido al anarquista Humberto Vanguardia—quien por la cuestión de las bombas fué condenado á cuatro años y medio de prisión—una carta que Vanguardia envió al periódico *La Propaganda*.

»La carta, que tiene fecha del 3 de marzo, ó es una enorme calumnia ó constituye una gravísima denuncia.

»En ese documento, Serino, después de haber afirmado que el remordimiento lo constriñe á hablar, escribe:

»Caro Humberto: Tú has sido condenado á cinco años de reclusión siendo inocente, porque el que lanzó la bomba en la iglesia de Montesanto fuí yo mismo.

»Continúa afirmando que en la noche del 12 de octubre, mientras él asistía al mitin fué llamado por el comisario Mirarchi, el cual le rogó que se dirigiera al día siguiente á su oficina, porque tenía que hablarle.

»Así lo hice, y él, dándome 100 pesetas, me encargó la compra de una bomba de artificio y el arrojarla por la noche en la iglesia de Montesanto.

»Por la noche me dirigí, hacia las seis, á la iglesia y cerca de la puerta de la sacristía encontré al cura hablando con una niña. Entonces, por no asustar á la niña, esperé que ésta se fuese, y después encendí una cerilla poniendo fuego á la bomba que estalló. Y marché de allí. Luego tú fuiste arrestado, no sé por qué.

»Si tú quieres servirte para algo de esta carta hazlo, no más que yo sostendré lo que he escrito, por cuanto es la verdad. Y agrego que los manifiestos secuestrados por Mirarchi en mi casa fueron traídos por los mismos agentes de policía, que luego inculparon á Petrarola.

»El *Avanti!* pide la intervención de un magistrado para establecer la veracidad que haya en lo de la carta.»

Trabaja, cerebro, trabaja

Trabaja, cerebro, trabaja; da toda la luz que puedas dar, y si te sientes fatigado, trabaja, trabaja. La Revolución es un vorágine: se nutre de cerebros y de bravos corazones. A la Revolución no van los malos, sino los buenos; no van los idiotas, sino los inteligentes.

Trabaja, cerebro, trabaja; da luz. Trabaja hasta que te aniquile la fatiga. Después vendrán otros cerebros, y luego otros y otros más. La Revolución se nutre de cerebros y de nobles corazones.

Así pensaba el revolucionario un día en que la intensidad de su trabajo intelectual le había aflojado los nervios. Desde su cuartito veía pasar á la gente que caminaba en distintas direcciones. Hombres y mujeres parecían atareados, ansiosos y como dominados por una idea fija. Todos andaban en pos del pan. En algunos rostros se notaba la decepción: sin duda esas gentes habían salido á buscar trabajo y volvían á la casa con las manos vacías.

Se acercaba la noche, y, á la triste luz del crepúsculo circulaba la gente. Los trabajadores regresaban á sus casitas con los brazos caídos, negros por el sudor y la tierra. Los burgueses, redondos, satisfechos, lanzando miradas despreciativas á la plebe generosa que se sacrifica para ellos y sus queridas, se dirigían á los grandes teatros ó á los lujosos palacios que aquellos mismos esclavos habían construído, pero á los cuales no tenían acceso.

El corazón del revolucionario se oprimió dolorosamente. Toda aquella gente desheredada se sacrificaba estérilmente en la fábrica, en el taller, en la mina, dando su salud, su porvenir y el porvenir de sus propias familias en provecho de los amos altaneros que al pasar cerca de ella esquivaban su contacto para preservar de la mugre y del tizne sus ricas vestiduras. Sí, aquella pobre gente se sacrificaba trabajando como mulos para hacer más poderosos á sus verdugos, porque así están arregladas las cosas: mientras más trabaja el trabajador, más rico se hace el amo y más fuerte la cadena.

La masa desheredada seguía pasando, pasando, y también los hartos; cariacontecidos los primeros, con los rostros radiantes de alegría los burgueses. Con aquel río de desheredados había para acabar con los dominadores; pero los pueblos son ríos mansos, muy mansos, demasiado mansos. Otra cosa sería si tuvieran la certeza de su fuerza y la certeza de sus derechos.

El revolucionario pensaba, pensaba: él era el único rebelde enmedio de aquel rebaño; él era el único que había acertado sobre el medio á que debe recurrirse para resolver el grave problema de la emancipación económica del proletariado. Y era preciso que aquel rebaño lo supiese: el medio es la Revolución; pero no la revuelta política cuya obra superficial se reduce solamente á sustituir el personal de un gobierno por otro personal que tiene que seguir los pasos del anterior. El medio es la Revolución: pero la Revolución que lleve por fin garantizar la subsistencia á todo ser humano. ¿Qué utilidad puede tener una Revolución que no garantice la subsistencia de todos?

Esto pensaba el revolucionario mientras en la calle continuaba el monótono desfile de los inconscientes que todavía creen que es natural y justo dejar que los amos se aprovechen del trabajo humano. Así pensaba el revolucionario presenciando el ir y venir del rebaño que no sabe dejar en esta tierra otra señal de su paso por ella que sus esqueletos en la fosa común, la miseria en sus familias y la hartura y el lujo para sus amos de la política y del dinero.

Trabaja, cerebro, trabaja; da luz. Trabaja hasta que te aniquile la fatiga. Dentro de los cráneos de las multitudes hay muchas sombras: ilumina esas tinieblas con el incendio de tus rebeldías.

RICARDO FLORES MAGÓN

(De *Regeneración*)

Libros y Revistas

Compendio di Storia Universale, por *Luigi Molinari*. Vol. I, edición de la revista *L'Università Popolare*, Carlos Poerio, 38, Milán (Italia).

Luis Molinari es un buen escritor de obras populares. Este nuevo libro suyo es una magnífica prueba, porque ha sabido en él presentar al pueblo la vida del Cosmos desde los primeros albores de la humanidad, en forma simple y clara y al mismo tiempo eminentemente científica y positiva.

En este libro, que hemos leído en parte, por haberse publicado por capítulos en *L'Università Popolare*, antes de que apareciera en volumen, la historia de la evolución cósmica, la de la primera civilización oriental y la de Grecia y Roma pasa ante la vista del lector como un cinematógrafo perfecto, lleno de movimiento, de vitalidad y, sobre todo, de bella sinceridad.

Este libro es muy útil para todo estudioso que sin sofismas quiera conocer la historia para sacar conclusiones aplicables en el presente para preparar un porvenir más bello y más humano.

Precio de este libro tres liras.

Pedidos al autor, *L'Università Popolare*, Milán (Italia).

***

El Infierno militar, por *Andrés Girard*, un folleto (ediciones de *Tiempos Nuevos*).

Cuando la campaña contra los presidios militares continúa con tanta perseverancia, este folleto es oportunísimo.

El autor, con una documentación completa, expone los diversos grados de represión que la